

LA EXPERIENCIA LITERARIA

Alfonso Reyes

Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1942

ENTRE los varios y seguidos libros que Alfonso Reyes ha dado a luz recientemente, este es, a nuestro gusto, el que más nos llena y el que más nos define al Reyes crítico, erudito, cabal e infatigable. El título del libro ya es en sí de lo más sugestivo (Reyes, al igual que Bergamín, ha sido un feliz cazador de títulos) para aquella población, aquella raza "maldecida y dispersa" que aún sobrevive aquí y allá, sin nombre claro y preciso, pero que conocemos indistintamente como "críticos" o "ensayistas", o "pensadores", o "humanistas", o "eruditos", etc., y cuya reducida legión no sólo sobrevive sino que, en los tiempos que corren, parece fortalecerse y crecer— (Valéry, Santayana, Eliot, Richards, Henríquez Ureña, Borges). Y si el título es atrayente, no es menos su contenido o, mejor dicho, el de las partes que lo componen.

No es que sus últimos libros (*Capítulos de literatura española, Pasado inmediato, La crítica en la edad ateniense, Los siete sobre Deva, Ultima Tule, La antigua retórica*) no sean importantes ni nos satisfagan ni los dejemos de considerar como pruebas irrecusables de todo un desarrollo intelectual, de todo un progreso magnífico en estilística, erudición y humanidad. Quizá algunos de ellos (*La antigua retórica*) sean verdaderos monumentos y constituyan futuras piedras angulares en la especialidad. Pero lo que nos interesa extraordinariamente de *La Experiencia Literaria*, a pesar de ser un libro de recopilación de diversos ensayos y apuntes, algunos publicados en revistas o leídos en diversas ceremonias, es que, por primera vez, en forma de libro, nos reúne y da lo que tanto y desde hace muchos años, casi desde *Cuestiones Estéticas*, se le exigía que dijera ya en conjunto: sus ideas acerca de la propia experiencia literaria; es decir, de lo suyo íntimo acerca de la poesía, de

la crítica, de la novela, de muchas cosas que nos apasionan —y le apasionan.

Reyes siempre fué, por exceso de prudencia o tacto, cauteloso para exponerse en cuestiones arriesgadas, y la desesperación de muchos impacientes le acusaba con frecuencia de tímido, huidizo o malabarista, y hasta se llegó ingeniosamente a pensar (Castro Leal) en la existencia de dos personas en un solo escritor verdadero: Alfonso y Reyes. El tiempo y la suerte —siempre hemos considerado gran suerte la suya el haber sido arrancado de la diplomacia y haberse sumergido en esa enorme piscina de su biblioteca— nos han venido a desvanecer lo que pudiéramos llamar la sospecha de una sospecha. Reyes es sólo Alfonso Reyes, aquel Reyes del Ateneo, pero crecido, y desarrollado, en la plena madurez y florescencia. Y en literatura, en poesía, en arte, en cualquier manifestación del espíritu, lo que importa no es tanto la cosa en sí sino el desarrollo, el progreso, la curva ascendente, *el crecimiento*. Quien lea el libro que ahora reseñamos no podría nunca negar la madurez, la fuerza de la mente de este prolífico y versátil escritor.

Lo curioso del caso es que el libro no es una obra organizada como tal, *planeada* (como se dice hoy). Ni tampoco, en su mayoría, son sus ensayos o estudios aquí contenidos, de los llamados definitivos, escritos para agotar un asunto o hacer de ellos un verdadero aunque pequeño tratado. Muchos de ellos —a simple vista salta— pueden considerarse como meros apuntes (*apuntamientos*, nos hubiera dicho en otras épocas) más o menos arreglados para una publicación de urgencia o compromiso. Son notas de lecturas, anotaciones en los márgenes de libros, entradas en esos diarios o cuadernos de bitácora que todo gran y ávido lector por lo general registra. El mismo, en el prólogo, nos dice: "Los ensayos de este libro, escritos separadamente, en diversas épocas, y a veces refundidos varios años después de su primera redacción, tratan materias afines y aun cruzan en distintas direcciones los mismos terrenos. He creído inútil hacer referencias de unos y otros. Aspi-

ran todos a servir de señales para algún futuro itinerario". Señales de un futuro itinerario, el cual, de llevarse a cabo —estamos seguros que se llevará— será sin duda el mejor libro de retórica moderna que escriba un mexicano. De retórica, no en el sentido peyorativo, sino en aquel profundo y trascendental que, según sus propias palabras, es el "lexis, o sea la emoción poética expresada en la poesía mediante una forma verbal". Y no sólo el mejor sino también el único, puesto que este apasionante asunto y estudio están más que abandonados entre nosotros.

De todas maneras, publicados o inéditos, hechos o rehechos, escritos hoy o hace años, apuntes o ensayos, conocidos o inesperados, estos escritos tienen, además de la unidad de asunto, un interés especial en nuestra atmósfera literaria por venir de la autoridad que es Reyes en estas materias, y por tocar y tratar de enderezar o encauzar lo que ya es entre nosotros un caos y toda una confusión. Hay en ellos, a pesar de las épocas que los separan, una evidente unidad de valor, inaceptable para unos, si se quiere, pero unidad al final de cuentas. Tal un árbol, una rosa, una vida. Toda una axiología, toda una tabla de valores en la que es difícil descubrir alguna incoherencia, incongruencia o contradicción, debido seguramente a cuidadosas y meditadas lecturas, a una larga y casi dijéramos heroica labor de depuración. Difícil sería conocer —a pesar de las muchas citas y referencias— el verdadero corte transversal de este método y la génesis de tantas cosas que de paso dice o sugiere. Se podría quizá —con un esfuerzo casi igual al suyo en años y paciencia— encontrar el origen de esto o aquello, pero lo que sería imposible sería desconocer o negar la parte creativa, la parte suya propia, la fuerza del crisol con que ha fundido tan variados elementos y hecho una cosa tan personal y suave, tan aligerada y grácil, tan fácil y sencilla a pesar de lo complejo y difícil que es en sí. Y esto sí que es su originalidad, la que algunos quieren negarle pero que nadie le puede ni podrá arrancar, no menos que su amor, su tremendo amor intelectual o su estilo —esa vocación, ese don hecho flor y brisa.

Claro es que, como casi todo libro, éste no conserva la misma intensidad o el mismo ritmo. Nada es malo y todo es correcto, limpio y transparente. Hay, sin embargo, mejores cosas que otras o al menos así las calificamos. Dejando a un lado aquel delicioso y famoso pero gastado estudio de *Las Jitanjáforas*, y algunas otras cosas pequeñas o grandes (entre éstas algunas en que parece ensayar una especie de fenomenología literaria, para nuestro gusto con demasiados esquemas, incisos y enumeraciones: *Hermes o de la Comunicación humana*, *Marsyas o del tema popular*), nos quedamos con lo que es sustancioso y de mayor valía como es el *Apolo o de la literatura*, *Jacob o idea de la poesía*, y, muy especialmente, el *Aristarco o anatomía de la crítica*, páginas cuya lectura recomendamos efusivamente a todos los amigos y enemigos de Reyes. Con cuidado, porque, como nos dice, "hay que saber leer, que no es un ejercicio vulgar. Es un darse y un recobrase: una aceptación, siquiera instantánea y automática, de lo que leemos, y un claro registro de las propias reacciones". "El libro, como la sensitiva, —agrega en otra parte— cierra sus hojas al tacto impertinente".

Ahora comprendemos mejor su silencio en varios casos de injustas o sutiles provocaciones y retos. Muchas de sus páginas se han cerrado al tacto impertinente.

Octavio G. BARREDA.

El Hijo Pródigo, México,

Mayo 1943, No. 2, pág. 122.

LA SONRISA COMO ACTITUD

Ante la vida puede el hombre adoptar actitudes muy variadas. Don Alfonso Reyes hace muchos años que adoptó la sonrisa como actitud, en el sentido en que puede ser sonriente un diálogo de Platón.

Esta actitud no se concretó fácilmente, sino que es resultado de una larga elaboración. Su primer síntoma fue, tal vez, su intento de crear —hace 30 años— toda una sociedad “para el fomento de la lluvia con sol”.

Y esto, que era ya una actitud de sonrisa, era también una manifestación de sus orígenes literarios, que muchos han olvidado: Don Alfonso Reyes comenzó escribiendo versos, y hubiera seguido escribiéndolos exclusivamente de no haber descubierto un buen día que podía escribir en prosa.

Desde ese día ha venido produciendo tan intensamente que, en cualquier momento, se le puede pedir un artículo o un ensayo sobre cualquiera de los temas que cultiva. “Ya lo tengo escrito”, responde. Y saca las cuartillas de un cajón de ese escritorio suyo en que hay montones de trabajos inéditos que ni sus amigos conocen.

Diplomático de carrera, vivió muchos años en Francia, España, Brasil y Argentina, y en todas partes acumuló experiencia de los hombres. Su desarrollado espíritu humanístico no le impidió, sin embargo, desarrollar paralelamente un fino sentido de observación, que se aplicó a otros aspectos de la vida: se sabrá del todo el día en que se publique su ensayo sobre el sentido de la “propiedad territorial en las palomas”. Pero se manifestó ya cuando su perspicacia lo llevó a predecir desde 1910 la preponderancia que tendrían los alemanes en la vida económica de la región ístmica de América, de Tehuantepec hacia el sur. Así consta en un relato cuyo título

es: *En las repúblicas del Soconusco, o del palillo de dientes como voluntad y representación.* *

Don Alfonso es hombre sencillo y gran trabajador. De ahí la alegría que sintió en París, hace muchos años, cuando pudo comprarse la mejor pluma fuente que había en el mercado; de ahí también su incontenible afición —propia de quien se encierra muchas horas en su biblioteca— al café con leche, que lo llevó a encargar que le hicieran expofeso una taza de gran capacidad, por que las que venden en las tiendas le resultaban pequeñas.

El trabajo literario es para Alfonso Reyes una necesidad vital. Como sus deberes diplomáticos llegaron a ser un estorbo para él, porque los viajes le impedían llevar consigo todos los materiales que le hacían falta para trabajar, se sintió muy contento el día en que abandonó la diplomacia. Ya en reposo y rodeado de cuanto deseaba, le entró la preocupación —“característica de mis años”— de procurar cierta unidad a los resultados de su experiencia.

El fenómeno literario lo había preocupado siempre: lo primero que anheló fue comprobar si había logrado una visión de conjunto sobre el sentido humano de ese fenómeno. La Universidad de Morelia lo invitó a explicar un cursillo en torno a la “ciencia de la literatura”, y esto le sirvió de provocación.

Partiendo de las conclusiones que hubo de redactar con ese motivo, emprendió hace tres años la construcción de una teoría literaria de carácter descriptivo. Aunque se reduce a una interpretación de los rasgos más generales de la literatura, no es cosa de definirla en abstracto, puesto que la literatura es una actividad que se desarrolla en la historia. Esto lo obligó a volver sobre las primeras valoraciones establecidas por la antigüedad clásica, base de nuestra cultura: Los cursos que dio en dos inviernos sucesivos en la Facultad de Filosofía y Letras sobre la crítica en la época ateniense

* “En las repúblicas del Soconusco, memorias de un súbdito alemán”. (*El plano oblicuo*, 1920).

y sobre la antigua retórica —ya publicados en forma de libro— pueden considerarse como un esfuerzo de estudiante para adquirir el manejo de los instrumentos necesarios, antes de llegar a la teoría literaria.

Los Prolegómenos. Ahora se dispone a comparecer ante otro auditorio para dar un paso más hacia el logro de la finalidad que se tiene asignada. Por encargo del Colegio Nacional, desarrollará en 13 conferencias —desde el 6 de Jun. todos los lunes a las 7.15 pm.— unos *Prolegómenos a la teoría literaria*, que más tarde ofrecerá impresos y con mayor amplitud. *

En ese curso se enfrentará con un problema fundamental: el *deslinde* del objeto literario en confrontación con los demás objetos teóricos del espíritu, tales como el histórico, el de las ciencias de lo real y aún la matemática y la teología.

“No llegaré —dice— a ninguna novedad que rebase el nivel del sentido común. En estas investigaciones, lo importante es lo que se encuentra y se revuelve al paso”.

Así va Alfonso Reyes construyendo su obra un poco al modo de los pensadores griegos, es decir, hablando y sonriendo.

Martín Luis GUZMAN.

Tiempo, México, 11 de Junio de 1943.

* *El deslinde*, 1944.

LIBROS DE ALFONSO REYES

La antigua retórica.—Los siete sobre Deva.—La Última Tule

La pluma inspirada e incansable del gran escritor mexicano nos regala, en un brevísimo lapso, estos tres libros tan varios en su contenido, tan suyos por la inconfundible maestría de su estilo, por la profusa riqueza de las ideas que nos brindan, y que son, los tres y cada uno de ellos, un don espléndido a la avidez curiosa del lector.

En *La Antigua Retórica*, Reyes el literato deja paso al maestro que sabe hacer de sus lecciones algo exquisito y profundo, rebasando la intención pedagógica y abriendo a sus discípulos horizontes de una anchura insospechada. El mundo antiguo y su fervor por lo bello, la elocuencia de sus hombres versados en el difícil arte de la retórica, las inmortales polémicas que nos han transmitido lo esencial y mejor del genio clásico, las figuras señeras de Aristóteles, Cicerón, Quintiliano, etc., con sus teorías, su extraordinario instinto pedagógico, sus obras de eterna resonancia en la cultura universal, todo esto llena las páginas del libro, sin que la personalidad del escritor deje de imprimir en ellas el sello de su ingenio y de su característica elegancia. No todas las plumas pueden acercarse con igual eficacia a todos los temas, y es indudable que este de la antigua retórica, elegido por Reyes para el curso recogido ahora en volumen, merecía haberse creado para él. Nadie como el autor de *La Crítica en la Edad Ateniense* podía dar a estas lecciones el acento y el tono que les es propio, y resucitar en su palabra y sus escritos la jugosidad incomparable, el flexible juego de la inteligencia ática. Pero las evidentes afinidades del autor con su tema no ciegan su certero y agudo sentido crítico, que desmenuza todo lo que toca para recomponerlo después en un conjunto iluminado por nuevos atisbos y claridades. Doblemente maestro en esta obra, enseña y descubre, dando a lo ya conocido el valor inédito de un tesoro mal estudiado que ahora se nos aparece en todo su esplendor.